

tón y a Aristóteles, a Horacio y a Homero, buenos paganos todos que sólo contaron con la luz de la razón natural para guiarse por la vida. En el canto 30 aparece Beatriz, y Dante descubre que Virgilio ya no está a su lado. Virgilio, como buen pagano, es asignado al Limbo. Beatriz, objeto del afecto de Dante cuando joven, se convierte en su guía transfigurada. Con su gran ardor juvenil, Dante habla de Beatriz como nunca nadie habló de ninguna otra mujer. A veces puede resultar difícil para el lector distinguir entre Beatriz y la Virgen María, hacia quien ella tiene una gran devoción. Se presenta a María como el compendio de las virtudes cristianas. Es a ella a quien san Bernardo apela cuando Dante alcanza la cumbre, antes de que la Luz se le muestre. El canto final de la *Comedia* comienza con la plegaria de san Bernardo a la Santísima Virgen, en la que le pide que conceda a Dante la gracia de la visión beatífica, culmen de toda su peregrinación.

Este es el relato que McInerny ilumina con maestría, usando sus conocimientos de filosofía, teología y Sagradas Escrituras, por no mencionar los trabajos académicos sobre Dante que consulta en ocasiones. En unas pocas páginas también puede encontrarse considerando las observaciones literarias de autores tan dispares como Santayana, Mauriac, MacLeish, Flannery O'Connor, Pascal y su amado Kierkegaard. El lector cultivado, me atrevo a decir, encontrará en *Dante and the Blessed Virgin* al mejor McInerny.

(Traducción de Philip Muller)

Jude P. Dougherty. The Catholic University of America
dougherj@cua.edu

MUÑOZ, J.

Filosofía de la Historia. Origen y desarrollo de la conciencia histórica, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, 302 pp.

J. Muñoz se encaminó de joven hacia el pensamiento alemán, y todas sus publicaciones llevan el sello germanista. Su labor principal —sin duda, muy meritoria— ha sido la de edición de textos y, por ello, sorprende ahora la aparición de una obra de carácter monográfico, que

puede ser considerada también un manual. Fruto quizás de su dilatada experiencia docente, en *Filosofía de la Historia* presenta de forma clara y ordenada las principales teorías explicativas y comprensivas de la historia. En España había ya varios manuales que trataban este ámbito, tales como el homónimo de M. Cruz o *Entre Casandra y Clío* de C. Roldán.

Muñoz, frente a los profesores Cruz o Roldán, presenta una visión más depurada de la Historia, tal vez más despersonalizada, donde el *yo* narrativo queda muy atemperado para conseguir una factura más clásica: “sienta cátedra” a partir de una estructura y un lenguaje muy estandarizados, que intentan llegar a un amplio auditorio y guiarlo de manera firme y elegante. Esta obra, por otra parte, huye deliberadamente del carácter ensayístico (en el que autores como M. Cruz se sienten muy cómodos), y que ha tenido grandes adeptos en el ámbito de la Filosofía de la Historia. Cabe recordar, por ejemplo, los célebres estudios de Ferrater Mora o de Horkheimer.

El trabajo de J. Muñoz se encuentra mucho más cercano a dos clásicos de la disciplina, tales como *La Idea de la historia* de Collingwood o *El historicismo y su génesis* de Meinecke, quienes —como Marrou o Löwith— tenían una visión más sistemática de la “Filosofía de la Historia” y querían ofrecer un panorama general de ella. La diferencia, tal vez, es que Muñoz ha conocido “el final de la historia” y sus debates, algo que condiciona bastante su discurso.

Por ello, tal vez sorprenda el carácter clásico y sistemático que adopta, apostando fuerte por el conocimiento de la filosofía de la historia a través de los grandes pináculos, revisitando sus lugares más transitados y discutiendo de manera muy sutil el estado estandarizado de la cuestión. Su planteamiento es, así pues, a la vez una reflexión desde la postmodernidad y una lectura magistral acerca de cómo los filósofos han entendido la historia. La narratividad clásica no impide que afloren abundantes ideas y sugerencias de cosecha propia, pero el *yo* está voluntariamente apaciguado para conseguir un estilo manualístico. Sólo a través de una lectura atenta el lector reconoce los temas clave, las deudas intelectuales o las críticas implícitas y explícitas que jalonan la obra.

Por poner algunos ejemplos, las continuas referencias, al tratar la filosofía griega, a su maestro E. Lledó, a quien deja hablar sin correpapis; o también las páginas magistrales que dedica al marxismo y

a Gramsci, que permiten conectar esta obra con los primeros trabajos que el autor escribió. Frente a Meinecke, que resalta el valor de Vico y Montesquieu, Muñoz muestra el carácter conservador y hasta impreciso de sus aportaciones. En cambio, sintoniza con Rousseau o Kant, y sus comentarios sobre éste último deben mucho a su maestro M. Sacristán.

De Herder dice que es todavía un ilustrado pero ya un romántico (p. 141), algo que muestra la ubicación que Muñoz le da —matizando de nuevo a Meinecke— en la historia de las ideas. Avalado por su destacado magisterio, el autor del libro cede la palabra a Ortega para hablar de Hegel, mostrando que los grandes pensadores siguen teniendo actualidad y que muchos de sus juicios conservan vigencia y hasta cierta lozanía.

El respeto que Muñoz siente por Meinecke puede verse en su análisis del historicismo o, como prefiere el autor del libro, *los* historicismos. Al discutir los juicios de Meinecke y al dedicarle tantas páginas, implícitamente reconoce su importancia en la historiografía de la filosofía de la historia, algo que no hace, por ejemplo, con otros autores anglosajones, como Berlin. De hecho, la bibliografía que maneja el autor es eminentemente germanística, con notables excursiones hacia la intelectualidad francesa e italiana, extremos que muestran el carácter continental de su propuesta.

Precisamente, al ser tan germanista, extraña mucho que Nietzsche y su visión genealogista de la historia no tengan cabida en el libro, mientras que Schnädelbach, a quien Muñoz sigue en tantos aspectos, le dedica unas páginas decisivas. Creo que se trata de una apuesta meditada, pues siguiendo el hilo narrativo que plantea el libro, se muestra cómo el historicismo y el positivismo, unidos al marxismo, diluyeron la “filosofía de la historia” en la “teoría de la historia”, una de las acepciones de la palabra “historiografía” (p. 16).

El último autor presentado como un verdadero “filósofo” de la historia es Hegel, mientras que la labor de Marx fue la de “abrir” la obra de este a la sociología y la economía, al igual que Ranke y los historiadores positivistas se dedicaron a teorizar sobre la historia sin derribar las columnas del catedrático berlinés. Por eso, después de la exposición de Hegel, Muñoz no se dedica al estudio de los filósofos, sino al de los historiadores.

Si excluimos a Gramsci, algunos breves apuntes sobre Popper (algo negativos, por cierto), sobre Foucault y los maestros de la antropología cultural, son los historiadores quienes ocupan un lugar privilegiado en esta última parte de la obra. En vez de vehicular la reflexión desde Nietzsche a la actualidad, pasando por Popper, Foucault, Ricoeur, Adorno y Horkheimer..., Muñoz se decanta, sorprendentemente, por la historiografía positivista y marxista.

En todo caso, después de examinar a los historiadores griegos y la historiografía cristiana hasta Voltaire, el autor del libro probablemente ha querido circunscribir la “filosofía de la historia” a un período que comprende desde el autor de *Cándido* hasta Hegel. Antes de Voltaire se produjo, sucesivamente, una “historia inmediata” y una teología de la historia, mientras que después de Hegel se acabó la “filosofía de la historia”.

Tal vez, ante el “final de la historia” que los filósofos han ido alimentando, sean los historiadores (Escuela de los Annales, marxistas ingleses...) los que con sus prácticas elaboren ya no una “filosofía de la historia”, sino una “teoría”, menos ambiciosa conceptualmente, pero más incisiva metodológicamente. Esta es una diferencia básica con respecto a otras monografías del mismo tema, pero también una opción intelectual que revela la pujanza de la “historia teórica” o “historiografía” en el momento en el que los metarrelatos o incluso las sociodiceas (como dice el autor) no tienen predicamento.

Al final, J. Muñoz parece apostar por una “filosofía de la historia” de carácter polifónico, con un pasado y un futuro abierto, aunque afirme que el tribunal de la historia es lo único que nos sobrevive (pp. 300-302). Tal vez ocurra que actualmente la “filosofía de la historia” ha quedado diluida en una serie fragmentaria de tendencias historiográficas, que muestran la discontinuidad y la dispersión de cualquier acto narrativo.

Esta es la explicación de la “filosofía de la historia” que propone J. Muñoz, argumentada con rigor y sobriedad. La lectura del libro es muy grata y resulta una experiencia muy interesante de la que cualquier amante de la filosofía —incipiente o ya avezado— no debería privarse.

Rafael Ramis Barceló. Universitat Pompeu Fabra
rafael.ramis@upf.edu